



Manuel Miranda Sallorenzo: réquiem por un escritor

Hace una semana fueron sepultadas en Santiago la cenizas de uno de los destacados integrantes de la generación Novísima, muerto en Hamburgo. Autor de las novelas *Los Lindes del Amargo* y *El Carnaje del Diablo*, estuvo en la primera fila de las letras jóvenes chilenas en la década del '60.

El viernes 18 del presente fueron sepultadas, en una tumba familiar del Cementerio General, las cenizas del escritor chileno Manuel Miranda Sallorenzo, fallecido hace algunos meses en el puerto alemán de Hamburgo, donde desarrollaba una cátedra universitaria. Nada de esto se supo a través de la prensa: otro olvido de la íntima memoria nacional. Es muy posible que, debido a una prolongada ausencia física y literaria, que sobrepasa los dos lustros, sean pocos los lectores que hoy en día recuerden a Miranda. Para así decir las nuevas generaciones de escritores, que prácticamente lo desconocen. Además, sus obras no han sido reeditadas.

Durlo Ossa (*Los Rockeros Celásticos*), que fue su alumno en el liceo Durlo Salas, dice que nunca tuvo mejor maestro en toda su vida, pero que en verdad, no ha leído mucho de su producción. Sin embargo, es un hecho que durante toda la década de los sesenta, Miranda Sallorenzo permaneció en la primera fila de las letras jóvenes de Chile, tanto por sus frecuentes publicaciones (casi un libro al año) como por los premios que a cada rato se adjudicaba, disputándose y alternándose con Edwin Alvarado (*El Desolado*) o Luis Villón (*Punto*), otros dos campeones de peso completo en nuestra literatura, también ocultos al olvido por el desolador pragmatismo del momento.

Lo conocí en 1961, cuando acababa de publicar su primer libro, *Los Lindes del Amargo*, un conjunto de siete cuentos sobre la vida cotidiana de los iglus que había merecido el premio Pólo de Oña, otorgado por la Municipalidad de Valdivia. Yo venía llegando de China, don-

Este escritor de risa contagiosa, movimientos inquietos y mirada a ratos luciferina fue un hombre vital, aventurero, audaz, con una ávida curiosidad por las personas y los lugares. Sus viajes y los oficios menores que ejerció, sumado a su caudal de lecturas y a su cultura literaria, hicieron de él un narrador especial: perceptivo, espontáneo, digno de lenguaje, singular de perspectiva, profundo.



de casi dos años, y nos presenté una noche en el legendario El Bordo Armandito-Casapoli, amigo común, escritor de nota (*Cuaderno de un Hombre Acostado*) y editor tanto de este primer libro de Miranda como del primero mío, *Genio Solitario*, en la colección Masovera, que él dirigía. Casapoli, dicho sea de paso, con su antología *Corrientes* de la Universidad, fue el promotor inicial de la generación de narradores que más tarde José Donoso bautizó como Novísima, en las críticas que escribía para la revista *Exilio*. A ella pertenecían Miranda Sallorenzo, junto a Fernando Jerez, Antonio Skarmeta, Juan Agustín Palacios, Cristián Ruzman, Ariel Dorfman, Antonio Aroca, Ramón Reyes.

Éramos buenos amigos aquella noche de vino tinto y charracon, y un poco después, en una feria de libros y artesanías que durante la primavera de ese año se instaló en pleno Parque Purool, ocupamos el stand de la Sociedad de Escritores de Chile para vender y vender personalmente nuestros libros. Con el poeta Roberto Galdames, que acompañó con Tróntolo Breve, su primer poemario, agotamos las ediciones. Desde entonces los tres ídolos antiguos fuimos inseparables y compartimos tertulias, viajes, aventuras, así como también el famoso taller literario de la Universidad Católica en su primer año de funcionamiento, junto con otros escritores de la talla de Antonio Skarmeta, Jorge Teillier, Elfrán Barquero. Le dirigía Luis Domínguez (*El Edén sagrado*), autor de también más o menos olvidado de nuestra generación de los sesenta.

Miranda Sallorenzo, hasta el momento de su exilio en Alemania, fue un escritor prodigio. A vuelo de pájaro, recuerdo algunos títulos de sus novelas: *El Carro del Diablo*, tipografía de los pasajeros de metro en un sector de Santiago; *También los Cómplices*, mirada sobre los problemas de la juventud estudiantil en una ciudad imaginaria, el conflicto que surge entre ellos y el mundo deslumbrante de los adultos; *David de las Lías*, editada por Quimantú. También recuerdo una frase tenebrosa que él escribió. No sé si pertenece a una novela o a alguno de sus cuentos, pero desde que la leí, se me quedó grabada en la memoria como una potente declaración de amor que brinda el protagonista a una mujer: "Andaría en paz a la orilla de tus ojos, cambiados como el mar". Y recuerdo, además que esa misma metáfora impactó fuertemente a José Luis Rosasco cuando recién comenzaba a cazarla con la pluma, como que más tarde la usó de epígrafe en uno de sus libros. Ignoro la razón por la cual el estilo se las arregló para detener la vertiginosa pluma de Miranda Sallorenzo.

Esta risa de risa contagiosa, movimientos inquietos y mirada a ratos luciferina fue un hombre vital, aventurero, audaz, con una ávida curiosidad por las personas y los lugares. Sus viajes, la experiencia que le dejaron los oficios menores que ejerció durante sus juveniles correrías por Europa (pescador, minero, nigromante, mazo de cadí) sumada a su caudal de lecturas y a su cultura literaria, hicieron de él un narrador especial: perceptivo, espontáneo, digno de lenguaje, singular de perspectiva, profundo.

le Tuviera

aviso 2001

P44

Manuel Miranda Sallorenzo, réquiem por un escritor
[artículo] Poli Délano

AUTORÍA

Délano, Poli, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Manuel Miranda Sallorenzo, réquiem por un escritor [artículo] Poli Délano

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile